

Intervenció de Diego Arroyo al sopar del Club Deba-t amb Andreu Mas-Colell (18 d'octubre de 2011). Arroyo estudia AD a ESADE, Ciències Polítiques a la London School of Economics i és CEO de Kayros Spain, així com membre de Deba-t.org.

La crisis económica lo inunda todo. Y No es para menos, ya que la esfera de lo económico acaba afectando a toda la sociedad en su conjunto. Asistimos atónitos a un devenir que escapa a cualquier tipo de lógica racional que intoxica el ambiente con un miedo paralizante. No es mi intención encontrar culpables de la actual situación... Pero no quiero dejar escapar la oportunidad de señalar a todos aquellos que se alimentan del miedo y la incerteza; polemistas que desde sus púlpitos declaran prácticamente el fin de los tiempos; discurso radicales, en todas las direcciones, que ganan adeptos a través de la demagogia; y la deformación de la realidad para conseguir dar un golpe de gracia a la sociedad... Una sociedad que, por supuesto, mejorable, pero que protagonizado los mayores años de paz y prosperidad de la historia de la humanidad.

Los pesimistas antropológicos han existido y existirán siempre. Son herederos de aquellos sofistas griegos que defendían posiciones antidemocráticas y cínicas a través de razonamientos incorrectos que parecían correctos, lo que aún hoy se llama sofismas.... Son nietos de senadores y caudillos militares populistas que terminaron por resquebrajar Roma... Son hijos de Oswald Spengler y su *Decadencia de Occidente*... Son estos apologetas de la crisis económica los que braman contra una sociedad que consideran enferma, que sufre todos todo tipo de crisis habida y por haber: de valores, moral, política, social...

Si algo podemos sacar en positivo de este momento, es que se trata de un punto de inflexión. Hemos estado tomando decisiones, tanto colectivas como individuales, erróneas, no prestando atención a las señales que nos advertían de ello, e incluso las hemos evitado en una huida hacia adelante que nos ha llevado

a la actual situación. Las crisis han servido siempre para replantearnos el camino andado; para reflexionar sobre nuestro pasado más inmediato; y para repensar cuál es el futuro que queremos. Es momentos como este, es cuando la ciudadanía entra en efervescencia y empiezan a brotar ideas y personalidades nuevas, las que guíen el espíritu reformista, que no revolucionario, que acabará por sacarnos del lodazal en el que estamos inmersos.

Tocqueville escribió en su famoso *Democracia en América* que es en los momentos de cambio cuando aparece el buen liderazgo. Algo que, por ejemplo, siempre se destaca positivamente al hablar de la Transición... Y estoy convencido que lo mismo ocurrirá esta vez, no tanto en el ámbito político (que también), sino abarcando la esfera social, empresarial e intelectual. Es nuestra generación, nativa de la revolución tecnológica, hija de la sociedad de la información y natural de la globalización, quién asumirá ese liderazgo. Somos los que estamos en la mejor posición para entender el mundo en el que nos movemos y la que está más acostumbrada a sus vertiginosos cambios.

Los últimos años, y agravado con la crisis, hemos escuchado la cantinela de *Generación Perdida*, de *Ni-Nis* y demás etiquetas ridiculizadoras... La crítica recurrente a la juventud es algo que se repite desde tiempos inmemoriales, y ya Sócrates decía: “los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida, y le faltan al respeto a sus maestros.” Es el mismo tipo de pesimista que ahora saca rédito con la crisis y el que ha durante años ha acusado a la juventud de la falta de valores y energía. Siempre que se lanzan este tipo de acusaciones me viene a la cabeza uno de los pocos capítulos que he visto de la ya mítica serie *Cuéntame*. En él, toda la familia reunida alrededor de la televisión, observa como los noticiarios del Régimen dibujan una juventud libertina, hedonista y superficial. El padre grita a sus hijos: “Vosotros sois iguales, y así nos irá en el futuro”. Lo curioso, es que esa juventud es la que ahora está en los puestos de mando, es la responsable de nuestra educación y la que, en muchos casos, legitima burdos discursos del estilo “tenemos una juventud solo preocupada por los botellones y Facebook”.

Nuestros mayores no entienden que estamos en una mutación de la sociedad,

en el paso de la modernidad a la postmodernidad, y que, probablemente, nosotros seamos la primera generación enteramente postmoderna.

Este cambio de paradigma en los valores se refleja en una profunda individualización, en una sociedad cada vez más líquida, con una moral y ética menos rígida. De hecho, algunos lo consideran problemático, ya que podría derivar en egocentrismo y en la caída de las guías de la modernidad: la razón y el progreso. Y, probablemente, algunos aspectos no son del todo positivos, pero la solución no es adoptar una actitud destructiva. La nueva sociedad que emerge, valora por encima de todo la libertad y la autonomía, que desemboca en biografías selectivas... Para los que estamos hoy aquí, esto es una gran noticia, la responsabilidad individual y la meritocracia se van a ver más y mejor reflejados que nunca. Puede sonar pomposo, pero los aquí reunidos somos, parcialmente, la vanguardia de nuestra generación, o al menos, lo intentamos. Por lo tanto, podemos salir beneficiados de esta nueva forma de entender el mundo.

El problema es que esta máxima autonomía y máxima libertad, requiere a su vez, de una gran capacidad de elección que lleva asociado un tremendo riesgo. Nuestras vidas se ven cada vez más definidas por el conjunto de pequeñas decisiones que tomamos y la posibilidad de que una equivocación desbarajuste el futuro, aumenta exponencialmente. Aquí viene el *quid* de la cuestión; puede que para nosotros - por distintas razones - esta *sociedad del riesgo* no suponga un riesgo, valga la redundancia, pero si para el resto de la sociedad. Una sociedad acostumbrada y educada en los valores modernos, que puede entrar en *shock* al encontrarse con esta realidad. Por ello, debemos entender que tenemos un alto grado de responsabilidad para y con la sociedad, si aceptamos el rol que nos toca desarrollar.

No pretendo ser moralista, pero esa responsabilidad social es a su vez una responsabilidad individual hacia nosotros mismos. Independientemente de nuestro ámbito de actuación, lo que hagamos se va a realizar siempre dentro de los márgenes de la sociedad y, por ello, una de nuestras inquietudes debe ser mejorarla y enriquecerla, para, en última instancia, hacerlo nosotros.

Conviene entender nuestra sociedad, especialmente la juventud de la que formamos parte. En este sentido, es interesante echar un ojo al estudio *Valors tous en temps difícils*, y sobretodo al apartado referente al trabajo. Para la mayoría de catalanes el trabajo ha perdido centralidad en sus vidas, ya no es un aspecto definitorio de su personalidad... El valor del trabajo también se ha postmodernizado, ha perdido su carácter de estabilidad -el paso por distintos trabajos y empresas es una constante- y su seguridad. Podemos discutir si esto es positivo o negativo, o si es culpa de empresarios, legisladores o sindicatos, pero la cuestión es que la realidad laboral también ha cambiado. Sobre esto, el gurú de la emprendeduría Wadhwa, que fue el mismo que dijo que España era el valle de la muerte empresarial, afirma que hoy en día es más fácil crearte tu propio puesto de trabajo, que acceder a uno por cuenta ajena. Estamos inmersos en el momento histórico donde la capacidad y posibilidad de generar riqueza es más alta... Y aquí es donde entra aún más nuestra en juego responsabilidad y la necesidad de cenas como esta... Existe toda una riqueza intangible en forma de ideas y experiencias, que junto al capital social del cual formamos parte, se debe materializar. Se deben reducir los márgenes de riesgo social y el déficit de estabilidad laboral, con una continua generación de riqueza.

Cuando hago referencia a tangibilizar la riqueza, no me refiero únicamente a monetizarla. La generación de valor no necesariamente se plasma en beneficios empresariales, aunque estos son un gran incentivo. Este incentivo, al fin y al cabo, puede convertirse en una perversión si el espacio temporal con el que lo medimos lo hacemos cada vez más pequeño. Parte de los problemas de viabilidad de empresas, sobretodo entidades financieras, ha sido la supeditación de la estabilidad futura a la cuenta de pérdidas y ganancias presente. Esa forma de actuar acabó reflejándose en la economía, que pasó a premiar la cultura del pelotazo.

Existen estudios que demuestran que las economías inmersas en estas dinámicas canibalizan recursos para las empresas e ideas realmente portadoras de valor. Esta obsesión por el corto plazo, para algunos puede ser causada por la avaricia inherente a las personas, y para otros por malas decisiones de política económica y monetaria; pero lo que está claro es que es pernicioso para

la economía y, por tanto, para la sociedad. Este mismo error ha sido y está siendo cometido por gobiernos más preocupados por la evolución de sus PIBs, que por conseguir un modelo productivo sólido y viable. A todas las críticas económicas a este indicador, como su cálculo y el tratar la riqueza de un Estado como si fuera un individuo más grande, se une si realmente es útil para medir el progreso de un país. De hecho, España, que vivió una década de gran crecimiento, sobre todo en comparación con lo raquítico que fue el de Alemania, parece paradigmático, viendo donde está uno y donde está otro. Toda una década de crecimiento, que ahora se supone una década perdida y basada en la ilusoria sensación de ser ricos. La cuestión que de fondo soslaya a este debate, ya la trató Machado: “es de necios confundir valor y precio”.

No conviene dramatizar, ya que parece que seremos capaces de superar el virus del cortoplacismo. La reciente dignificación del emprendedor, supone un espaldarazo para conseguir una economía fundamentada en el presente, pero con la mirada puesta en el futuro. Los emprendedores se mueven siempre por incentivos a largo plazo y que en la mayoría de casos suele ser la auto-realización y la aportación de riqueza a la sociedad. Dichos objetivos suelen ser una constante en toda su carrera, por lo que nunca se hipoteca el presente de sus iniciativas empresariales. Es más, el emprendedor suele ser muy cauto en cuestiones de endeudamiento, pero muy radical en cuanto a innovación, en una clara apuesta por el futuro. Este tipo de personas tienen muy interiorizado que *mercado* es igual a *sociedad* y que la aportación de una solución útil que mejore la vida de las personas es la mejor forma de asegurarse beneficios individuales... Algo que desde el mundo empresarial debe empezar a captarse: la sociedad ha cambiado y, por tanto, el mercado en el que desarrollan su actividad.

La revista *Forbes* de este mes, que no es precisamente un órgano de propaganda socialista, titula en portada: *Social Power and the coming Corporate Revolution*. Solo las empresas que entiendan este trio amoroso formado por clientes-sociedad-corporación, serán capaces de competir. Y competir pasa por aportar a la sociedad bienes y servicios valiosos, que mejoren la vida de los consumidores y de las personas. Algo que entendió muy bien el precursor de

esta visión de hacer negocios, Steve Jobs.

Por tanto, serán los emprendedores, tanto empresariales como sociales, quiénes determinen el futuro modelo productivo, y solo potenciándolos, y sobretodo quitándoles obstáculos, el resto de la sociedad nos podremos beneficiar. Para ello la educación se convierte en un factor clave, que debe dejar de ser una herramienta de memorización de conocimiento, para ser también el mecanismo que enseña a resolver problemas, a aceptar el fracaso y da desarrollar capacidades sociales.... Como anécdota curiosa, y voy acabando, para mostrar las diferencias en cuanto a mentalidad en América han encontrado una palabra bien sonante para definir al fracaso; le llaman pivotar, porque los fracasos es lo que te permite llegar al éxito, y son las señales en el camino para luego poder triunfar.

Volviendo a la cuestión de la educación, el principal problema es que está basada en la mentalidad del s. XIX y no en la del S. XXI, como comenta el gurú de la educación Sir Ken Robinson en su famosa conferencia en TED. Es urgente adaptarla a la nueva sociedad que tenemos, con unos valores concretos y que se enfrenta a otros también muy concretos... Estamos en plena postmodernidad, en la sociedad del riesgo... Por ello se hace especialmente necesario educar en la gestión del fracaso, porque muy probablemente es algo que nos acompañará a lo largo de nuestras vidas, y siendo en muchos casos motor de la misma. Conviene desestigmatizar esta palabra, tal y como han hecho los americanos. Educar a la juventud en una mayor tolerancia al riesgo, es lo que desembocará en una mayor potenciación de la creatividad y la innovación... Hay que enseñar a pensar diferente, fuera de las obviedades, algo que solo se consigue a través del método de prueba-error. Así se conseguirá fomentar el espíritu emprendedor...

Debemos de tener claro que por mucho que desde los medios se popularice a los emprendedores, por mucho que desde la política se intente promocionar, no aparecerán emprendedores de debajo de las piedras. Si en nuestras economías el emprendedor *change-maker* ha sido una excepción, la cosa no cambiará por ofrecer créditos ICO o realizar mil *contras*. Es necesario un cambio

en las bases de la sociedad y saber que todo emprendedor tiene una historia vital detrás. El emprendedor no tiene la idea del millón de euros mientras estudia en la biblioteca, sino que surge de las sinergias entre personas, experiencias y actitudes concretas... Es el colegio el que debe ser lo suficientemente flexible para fomentar el perfil del inquieto intelectual (*knower*) y el del inquieto práctico (*doer*), ambos necesarios para nutrir a una sociedad próspera.

En este sentido, quiero hacer una defensa del 15M. Yo no coincido en el fondo de la mayoría de sus ideas, y repruebo algunos grupúsculos minoritarios oportunistas. Pero sí coincido en sus formas pacíficas y democráticas. Sobretudo, coincido en sus actitudes, en el sentido de haber interiorizado que para cambiar algo hay que hacer algo. Prefiero una juventud indignada, que una juventud pasiva y en la discoteca. Si algo no ha faltado a todos los integrantes de este heterogéneo movimiento son ganas y motivación, algo que en momentos actuales son necesarios para que la rueda del progreso siga funcionando. Puede que sus propuestas no lleguen a nada, algunas las considero muy criticables, pero al menos han prendido la mecha del cambio de mentalidad. Es un toque de atención a la sociedad: "si quieres algo, tienes que ir a por ello". El 15M es una oda al compromiso.

Deba-t.org está hoy generando riqueza. Esta cena estimula intelectualmente a todos los que estamos aquí, y ese sumatorio de estímulos supone riqueza en potencia para ciudadanos que probablemente nunca conoceremos. Es *networking* reactivo, no un mero acto de repartir datos personales cual metralleta y darse autobombo. La asistencia de tantos jóvenes comprometidos – en cualquiera de las formas posibles – junto con la presencia del Conseller Mas-Colell, supone un intercambio intra e intergeneracional cuyo valor no es medible, pero que sí está latente. Debemos de ser capaces de transformar el capital social - como le gusta decir a Nacho y Gerard - del cual formamos parte, en utilidad y riqueza colectiva.